Maricela Rodríguez Fernández / 2000

La Esposa

Maricela Rodríguez Fernández

Hoy me desperté y otra vez había soñado con él. Era mi sueño y de repente apareció y no dejaba de observarme. Su mirada me aterraba, trataba de esconderme de él, pero es como si estuviera dentro de mí. Todavía puedo sentir sus caricias, y luego sus golpes... Me pegaba con tanta fuerza que me hacía volar hasta el otro extremo de la habitación. Y cuando terminaba de pegarme, me acurrucaba entre sus brazos, como si fuera su bebé al que más quisiera.

Esta mañana casi no podía moverme. Mi cuerpo tenía fracturas y moretones y mi habitación estaba toda tirada. No sé que me está pasando. Me da miedo pero al mismo tiempo lo deseo y no puedo dejar de pensar en él. Mis amigos y familiares piensan que estoy loca y que me golpeo y lastimo yo sola. Me han llevado con psiquiatras y doctores pero nadie se explica como es que amanezco así.

Las primeras veces que me sucedía me empezó a dar miedo quedarme dormida. Tomaba pastillas y té para que me quitaran el sueño, pero llegaba un momento en que ya no me hacían efecto. Mi vida cambió. Yo ya no era la misma, pero poco a poco me fui acostumbrando.

Todo empezó un día que fui a una despedida de soltera de una amiga mía. Cuando me fui de "detallito", por haber asistido, me regalaron un caset. Al llegar a mi casa, me relajé, cerré mis ojos y comencé a oír una voz que decía:

Junto a ti hay un ángel, en la puerta de tu cuarto hay otro ángel, en la puerta de tu casa hay otro ángel. ¡De pronto tu casa se llena de

ángeles! De ahora en adelante vas a vivir para ellos, vas a comprar lo que ellos te pidan, vas a decir lo que ellos quieren que digas, vas a comer lo que ellos quieren que comas...

Sólo recuerdo el principio del caset. Pero de cualquier forma, ahorita la gente piensa que estoy loca o poseída por algún espíritu. Pero sólo yo sé que estoy casada con él. El Diablo.

Uno de tantos crímenes

Yesica Abigail Peña Ramírez

A los quince años mi madre me obsequió un diario; tenía una flamante portada color violeta y una hermosa joven de cabello castaño. Desde ese momento no me separé de él. Al ser yo muy poco sociable, el diario se convirtió en mi confidente hasta que a los veinte años conocí a Katherine Hans, mi mejor amiga desde entonces. Ella es muy especial y me acepta como soy, creo que desde la muerte de mi madre, es la única persona que me ha querido.

Había pasado casi un año desde que lo extravié. Pero casualmente, al buscar unos papeles, encontré el diario maltratado y cubierto de polvo. Esa flamante portada violeta se había decolorado y arrugado y esa hermosa joven de la portada parecía haber envejecido igual que yo.

Han pasado quince años desde que lo empecé a escribir. Lo abrí y empecé a leerlo en una página muy especial.

6 de julio de 1990

Querido diario:

Hoy fue uno de los días más importantes de mi vida. Leonardo Anderson, el hombre con el que he salido hace un año, me propuso matrimonio y de una forma muy romántica.
Nos encontrábamos en un café, se levantó de la mesa y dijo: –Daniela, este año ha sido el mejor año de mi vida, y quiero seguir feliz por el resto de mi vida, ¿aceptarías casarte conmigo? De su bolsillo sacó una pequeña caja, al abrirla me mostró un anillo de compromiso tan hermoso que me quedé muda por algunos segundos. Respondí: –Leonardo, es tan bonito que no sé qué decir.

–Sólo di que me aceptas y me harás el hombre más feliz de este mundo.